

A romantic couple is shown in silhouette, embracing and kissing under a starry night sky. A large, bright moon is visible in the upper left corner. The overall mood is intimate and dreamy.

Solo una noche

NO SE PUEDE PERDER LO QUE
NUNCA SE HA TENIDO

LUCY MORTON

SOLO UNA NOCCHIE



Lucy Morton

Copyright © Mayo 2017

Lucy Morton

Registro de la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

ASIN eBook: B0716ZM6YW

© SOLO UNA NOCHE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u

otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).



Amaneció y me dolió tanto,
que tuve miedo de perderte y me quedé,
arrodillado en tu cintura,
contándole mentiras a tu piel.
Tengo un corazón, tan leal a ti, que duele.
Yo me escapaba de un inicio,
cuando me empuja el egoísmo y suelo ser,
el que te enfoca sin mirarte;
pareja torpe de tu aire mírame.
Tengo un corazón, tan leal a ti, que duele, que duele...
Volar, sin ti, sabiendo que voy sin sustentación.
Volar, sin ti, surcar el cielo abierto de un error.
Y volar, sin ti, escapando a la ternura de tu rostro ante la luna.
Y volar, sin ti, destrozando una promesa, sabotando la belleza,
mientras yo, naufrago en tu lágrima.
Tengo la prisa de un anhelo,
que te devuelva la sonrisa,
y te devuelva la esperanza.
Tengo un corazón, tan leal a ti,
que busqué razón, casi muriendo, en otro beso.
Volar, sin ti, es retroceder,
ceder a no tener seguridad sobre mi piel y no caerse.
Y volar, sin ti, escapando a la ternura de tu rostro ante la luna.
Y volar, sin ti, destrozando una promesa, sabotando la belleza.
Y volar, sin ti, escapando a la ternura de tu rostro ante la luna.
Y volar, sin ti, destrozando una promesa, sabotando la belleza,
mientras yo naufrago en tu lágrima, sin ti...

Andrés Suárez
Letra de la canción:
VOLAR SIN TI

ÍNDICE



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5



SEGUNDA PARTE

SOLO UNA NOCHE

OTROS TÍTULOS DE LUCY MORTON

PRIMERA PARTE

Junio 2015

CAPÍTULO 1



ELLA

Existen ocasiones en la vida –aunque sean minoritarias–, en las que solo una mirada basta para saber qué significa el amor. Ese momento que te da la vida y te la gira del revés sin esperarlo. Ese momento por el que lo darías todo para que se detuviese aunque fuera por un instante. Solo un instante eterno; ese que merecerá la pena explicar a tus nietos cuando, con el cabello cano y la sonrisa desdentada, vuelvas atrás en el tiempo y decidas quedarte aunque solo sea con el recuerdo. Ese recuerdo que se apodera de tu mente, una y otra vez, con una única misión: hacerte sonreír. Hacerte feliz cuando tu mundo, desgraciadamente, no es como el de aquel momento. Ya no es como el de antes; como el de aquel efímero instante.

Me enamoré de su mirada azul como el cielo. De su sonrisa traviesa algo aniñada y de su voz ronca. De su copa de vino y de cómo movía los dedos produciendo una melodía preciosa contra el cristal. De los cigarrillos que fumaba; uno tras otro, sin prisa, con calma. De su melena castaña desaliñada y de aspecto desenfadado. De lo que le mostraba al mundo. De lo que me mostró a mí.

Él era el tipo de personas a las que siempre he admirado. Qué más da lo que dijese. Qué más da lo que pensase. Si no te gusta, mira hacia otro lado y deja de observarme. Él era así o, al menos, esa es la sensación que me dio aquella noche. Nuestra única noche. Lo vi desde el principio; supe reconocer qué tipo de persona era. Mi corazón se aceleró cuando nuestros dedos, casi sin querer queriendo, se rozaron por un cambio de billete a las 2:20h de la madrugada de un día cualquiera en un bar perdido del desierto de Texas. Un billete que me devolvió la sonrisa solo una noche, cuando creía que

no podía haber en el mundo nadie con peor suerte que yo.

ÉL

Nunca creí en el destino hasta esa noche en la que, quedarme tirado en medio de la nada, fue lo mejor que pudo pasarme. Después de patalear mi moto unas cuatrocientas cincuenta y dos veces, decidí buscar una solución tras observar que mi móvil no tenía cobertura en ese camino de tierra del desierto de Texas, a la una y media de la madrugada. Pocas probabilidades de que pasase un coche por ahí, y muchas, al menos un 75% según mis cálculos, de ser decapitado por un loco con máscara llamado Jack el destripador. Caminé sin rumbo y sin mirar atrás. Fumando cigarrillos y contemplando las estrellas. Cómo un mal momento puede ser aliviado por ellas. Estrellas muertas, estrellas eternas, estrellas en paz, en calma; en un cielo que las acoge y las protege junto a una luna que, esa noche, resplandecía como nunca. ¿Era un presagio acaso de lo que estaba por venir?

Vi una luz a lo lejos. Achiné los ojos para ver de qué se trataba. ¿Una gasolinera? ¿Una casa? ¿Un bar? Miré el reloj; solo había caminado media hora a paso tranquilo, por lo que la moto no debía estar muy lejos. A medida que me fui aproximando, me di cuenta que se trataba de un pequeño bar en medio de la nada. Tenía un par de mesas fuera; parecían abandonadas. En el interior, por lo que pude vislumbrar a través de sus dos ventanas, había luz. Había vida ahí dentro. Al fin la suerte se había dignado a dar la cara. Podría pedir ayuda, utilizar un teléfono y que la grúa me salvase la vida. Pero al entrar y verla, decidí que lo dejaría para más tarde. Todo puede esperar, menos lo que de verdad importa.

A veces, lo urgente, no es lo importante.

Éramos dos almas solitarias que, sin estar destinadas a encontrarnos, teníamos la oportunidad de conocernos justo en el momento en el que más lo necesitábamos.

«Gracias, maldita moto. Gracias, maldito desierto de Texas», pensé, nada más fijar mi mirada en esos ojos verdes que, al instante, me transportaron

a otro mundo.



Si el cosmos quiere que se encuentren,
aunque estén muy lejos, se encontrarán.
Si no quiere, aunque estén cara a cara, no se verán.

Alejandro Jodorowsky

CAPÍTULO 2



ELLA

No era común tener clientes a las dos de la madrugada. Raras veces sucedía. Cuando alguien se había perdido o había sufrido una avería en su coche en el desierto de Texas, pero no era muy habitual. No al menos que fuesen como él. Él entró, algo avergonzado y con la cabeza gacha. Me fijé en cómo se despeinó, quizá en un acto reflejo, y miró a su alrededor hasta toparse con mi curiosa mirada. Supongo que la atracción llegó desde el primer momento y yo, que siempre se me ha dado mal disimular, sé que me ruboricé. Él no. Luego sabría que eso de ruborizarse es demasiado superficial para alguien como él. Es mejor fingir. Saber mantener las distancias. Al menos en un primer momento. Luego, ya se verá.

Yo, detrás de la barra, limpiando unos cuantos vasos de cristal más por aburrimiento que por necesidad, correspondí a la sonrisa más luminosa que había visto en mi vida. Tardó cero segundos en sonreír a pesar de las circunstancias de las que me enteraría más adelante; de su moto y del caos de su vida. Él era un auténtico torbellino dispuesto a poner patas arriba mi vida en una sola noche. Una sola noche. Y aún me lo sigo repitiendo cada vez que pienso en las horas más fascinantes de mi vida.

—Hola —saludó.

Voz ronca y decidida. Un hombre de unos veinti muchos años que quizá ya haya cumplido los treinta, pero que no los aparenta. Barba de tres días. Tal vez cuatro. Melena castaña; ojos azules con forma rasgada que me miraban con la misma curiosidad que yo a él. Labios apetecibles y carnosos que al sonreír, mostraban unos dientes perfectamente alineados y blancos, dignos de cualquier anuncio publicitario de pasta dentífrica. Hoyuelos: inconfundibles e inimitables, le daban ese aire travieso y juvenil.

—Hola —logré decir yo, moviendo de un lado a otro nerviosa el esparadrapo.

«¡Quieta! ¡Vas a acabar rompiendo el vaso!», diría mi jefe, un gordinflón de cincuenta y cuatro años que dormía en la trastienda.

«Que no se despierte. Que no se despierte», le rogué a un Dios en el que no creía.

—¿En qué te puedo ayudar? —me atreví a preguntar.

—¿Tienes vino?

—Es un bar —reí.

—Claro.

—¿Tinto?

—Tinto es genial.

—¿Quieres algo para comer? —le ofrecí.

—No. Solo vino.

Cogió un paquete de tabaco del bolsillo y me lo mostró, como preguntándome si podía fumar. Instintivamente miré hacia atrás, donde dos puertas me separaban de los ronquidos del jefe. Me encogí de hombros, volví a dedicarle la mejor de mis sonrisas y le solté:

—¿Por qué no?

—¿Quieres uno? —me ofreció, mientras le servía la copa de vino.

—No fumo.

—Una vez al año no hace daño —insistió.

—No, mejor no. Pero gracias.

—Mejor. No me gustan las mujeres que fuman.

Me guiñó un ojo. Me fijé en su camiseta, de los Rolling Stones. En sus vaqueros desgastados y en sus zapatillas Converse negras. Sí, no parecía importarle lo que pensasen de él. ¿Le importaría lo que pensaba yo? No sé qué fue lo que le atrajo de mí, pero durante los dos minutos más largos de mi vida, no dejó de mirarme. Interrogante, quizá algo altivo pero sereno, con esa confianza en sí mismo de la que no alardeaba y que, sin embargo, tanto le gustaba demostrar en todo momento.

ÉL

A veces, los tíos, somos idiotas. No reconocemos que en el fondo de este duro caparazón se esconde un corazón sensible con las puertas totalmente abiertas al amor. Siempre he sido un romántico empedernido. Nunca me ha gustado demostrarlo. En realidad, creo que nunca me ha gustado demostrar nada.

En silencio le di breves sorbos a mi copa de vino mientras fumaba el cigarrillo. La miré disimuladamente; ella me miró de reojo, mientras limpiaba con frenesí un vaso que, ya de por sí, brillaba y no necesitaba de sus cuidados. De fondo se escuchaba una canción procedente de un antiguo tocadiscos. Miré al techo y pensé, pensé... ¿Qué canción era? ¿De quién podía ser? Años noventa, tenía toda la pinta...

—Footsteps —me interrumpió ella—, de Chris de Burgh.

—Oh.

Me leyó el pensamiento. Me sonrió. Quise preguntarle su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Laura —respondió dulcemente.

—Tom.

—Bienvenido, Tom. ¿Qué te trae por aquí? —quise saber.

—Mi moto. Me ha dejado tirado.

—¿Necesitas el teléfono? —propuso.

—Esperaré.

—¿No tienes prisa? ¿Nadie te espera?

Medité la respuesta unos segundos. ¿Quién me esperaba? Hacía dos años que Lisa me dejó para irse con mi primo, un dentista forrado con el que se fue a vivir a una mansión de los Ángeles. Desde entonces, nadie me esperaba en casa y, supongo, Lisa también se cansó de esperar a que yo me decidiera a pasar por el altar, a tener hijos, a adoptar un perro de la perrera... esas cosas que quieren las mujeres cuando cruzan la barrera de los treinta.

—Nadie me espera —terminé diciendo.

—¿Y te gustaría?

—¿El qué?

—Que te esperase alguien.

—A veces —reconocí—. Pero solo si ese alguien merece la pena.

Asintió.

—¿A ti te espera alguien? Me refiero a cuando termines tu jornada laboral.

—Si me esperase alguien —empezó a decir—, no estaría trabajando de madrugada en un bar de mala muerte.



Que la vida es más bonita,
si te miro de reojo y te pillo mirando.

CAPÍTULO 3



ELLA

Debió notar cierto resentimiento en mi voz porque, en cuanto le respondí y dije con desprecio: «en este bar de mala muerte», frunció el ceño y, sin dejar de sonreír, me miró como suele mirarme el resto del mundo: con pena. En cierto modo, ver en ese momento que no era tan diferente del resto de personas, me decepcionó un poco, pero lo que hizo a continuación me dejó boquiabierta.

Le dio un sorbo más a su copa de vino; ya casi se la estaba terminando. Caminó lentamente recorriendo la barra del bar y, de un salto, se plantó en el interior de ella y se colocó frente a mí. Me arrebató la copa de cristal que aún tenía en la mano, la dejó con cuidado en el fregadero y me acarició la cara. Tenía la mano fría, pero, aun así, me pareció la más cálida del mundo. Era suave al tacto, la recuerdo como si ahora mismo la tuviera sobre mi piel.

—Entonces —empezó a decir—, salgamos de este bar de mala muerte.

La decepción, al creer que era como el resto de personas que se apiadaban de mí al saber que era huérfana o que mi último novio me dejó plantada en el altar, desapareció. No. Él no era como el resto. Él no sentía lástima por mí; eso era demasiado normal.

Tiempo más tarde, leería este fragmento que me recordaría mucho a Tom y que describiría lo que fue para mí, a la perfección:

«Hay personas mágicas. Te lo puedo asegurar. Se encuentran escondidas por todos los rincones del planeta, disfrazadas de personas normales. Disimulando su especial forma de ser. Procuran comportarse como los demás. Por eso, a veces, es tan difícil encontrarlas. Pero cuando las descubres ya no hay marcha

atrás. No se lo digas a nadie, pero dicen que su magia es tan fuerte, que si te tocan alguna vez, lo hacen para siempre».

Tom fue la persona mágica que necesitaba en esos momentos.

Me sacó a bailar. El disco estaba rallado y sonaba Footsteps de Chris de Burgh una y otra vez. Me la sabía de memoria.

Nos plantamos en el centro del bar. Nunca antes había tenido tanta vida, tanta magia, ni tanta luz. Como si de una película romántica se tratara, me quedé hipnotizada mirando fijamente los ojos de Tom. Era un desconocido y, sin embargo, tenerlo delante era todo cuanto quería en mi vida. En ese instante.

—Instantes eternos —me susurró misteriosamente.

No supe a qué se refería. Para mí, los instantes eternos no existían hasta esa noche. Para mí, todo había sido un cúmulo de malas decisiones que me habían llevado a un estado de confusión y depresión constante. Por eso estaba trabajando en un bar de mala muerte a las tres de la madrugada. Por eso, por el hecho de no tener padres porque murieron demasiado jóvenes a causa de un desdichado accidente de coche, no me comprometía demasiado con el resto del mundo porque, al fin y al cabo, todos se van. Todos te hacen daño de una manera u otra. Matt me rompió el corazón cuando, hacía dos años, me dejó plantada en el altar. Lo había pensado mejor; yo no era la mujer de su vida a pesar de haber compartido los últimos cinco años. No quería más pérdidas de tiempo, no quería creer en el amor, no podía confiar en nadie. Pero él, que me miraba con dulzura y me sonreía como quien sonríe a alguien a quien quiere, cambió mi perspectiva del mundo en un segundo. Un segundo. Y eso, amigos, solo lo pueden hacer las personas con magia.

ÉL

Es curioso cómo, el destino, te pone en el camino a personas que necesitan de ti y tú, aunque aún no lo sepas, de ellas.

La saqué a bailar. No bailaba demasiado bien, así que tuve que aferrarla a mi cuerpo para mantener el ritmo de la lenta y romántica canción. Éramos dos desconocidos con toda la confianza el uno en el otro; como si nuestras vidas estuvieran centradas en vivir el momento. Solo el momento. Porque, de hecho, no existe nada más que el momento.

—¿Salimos? —propuso ella, sin separarse de mí.

—Salimos —afirmé.

Laura inspiró hondo nada más poner un pie en la calle. Cogió mi mano y me llevó hasta un trozo de descampado perteneciente al bar, en el que había un banco de madera. Me propuso sentarme a su lado mientras ella, hipnotizada por la luna, se pasaba con delicadeza un mechón de cabello rubio por detrás de la oreja. Me miró de reojo. Yo no disimulé, ¿para qué? Probablemente no volveríamos a vernos. O quizá sí. Quién sabe lo que nos depara la vida.

—¿Sueles sacar a bailar a todas las camareras de los bares nocturnos? —preguntó riendo.

—No. No suelo ir a bares nocturnos.

—Ajá. Me gusta tu respuesta.

—Podrías salir de aquí. Podrías encontrar algo mejor.

—Cuando no tienes recursos, difícilmente puedes encontrar algo mejor que esto. Al fin y al cabo, es trabajo. ¿A qué te dedicas, Tom?

—Ahora a nada —respondí—. Pero era abogado. Defendía a los buenos, por eso lo dejé. Porque querían que defendiera a los malos.

—¿Hay mucha maldad en el mundo? —preguntó, casi inocentemente, como si fuera una chiquilla.

—Quiero creer que hay más bondad que maldad. Quiero seguir teniendo fe en el mundo; necesito creer en las personas —dije yo.

—Sabias palabras —murmuró, en el momento en el que vimos una estrella fugaz—. Yo también. Quiero creer que hay algo más. Quiero confiar.

—Si pudieras pedir un deseo, ¿qué es lo que pedirías? —le pregunté, señalando la estela de la estrella fugaz que ella no había visto.



ELLA

«Que el tiempo se detenga para siempre en este instante.»



En el momento en el que dejas de pensar
en lo que puede pasar, empiezas a
disfrutar de lo que está pasando.

CAPÍTULO 4



ELLA

Empecé a hablar como una chiflada. Rápido y, a veces, incoherentemente. Me escuchó con tranquilidad y, lo mejor de todo, pareció entenderme en cada desgracia y en cada decisión que había tomado a lo largo de mis treinta y un años.

—Debes creer que estoy loca —me avergoncé, cuando terminé de explicarle la relación tormentosa que había tenido con Matt y su repentina decisión de no querer casarse conmigo cuando estaba ya todo preparado y los invitados a punto.

—No. El tal Matt se ha perdido toda una vida feliz a tu lado.

—No lo creo, Tom. Las personas se cansan de las personas.

—Eso les ocurre a las personas vulgares que no saben reconocer a las personas especiales. Tú eres una de ellas, Laura. Lo he visto en cuanto he entrado por la puerta del bar. De lo contrario, te hubiese preguntado por el teléfono y con un poco de suerte, ya me habrían arreglado la moto y estaría lejos de aquí. No estaríamos teniendo esta conversación y, ni mucho menos —reí—, te hubiera sacado a bailar.

Abrí los ojos como platos. No podía ser real. No podía estar ocurriéndome algo así a mí. ¿De dónde había salido?

—¿Dónde tienes la moto, Tom?

—¿Y eso que importa ahora?

—Importa. Para cuando amanezca y quieras irte.

«Que el jefe no se despierte —seguí rezando internamente—, que no se despierte nunca».

Miré el reloj y, con fastidio, comprobé que eran ya las cuatro y media de la madrugada. ¿Desde cuándo el tiempo volaba?

—¿Y si no me voy? —preguntó, con una media sonrisa.

«Si no te vas, la estrella fugaz que crees que no he visto, habrá cumplido mi deseo.»

ÉL

«Tal vez la noche sea la vida y el sol la muerte».

Alejandra Pizarnik

Al mirar a Laura siento que ya la conozco. Que ya la he visto antes, que ya he estado sentado junto a ella; que ya la he consolado en otro momento y le he dicho cientos de veces: «¿Y si no me voy?». Porque así lo siento. ¿Y si decido quedarme? Y si, ¿por una bendita casualidad del destino, encuentro mi lugar en el mundo? Eso es, al fin y al cabo, lo que todos buscan con ahínco: su lugar en el mundo. Ese lugar en el que quedarse para siempre y ser feliz a pesar de los malos momentos por el que el ser humano, sí o sí, debe pasar para llevarse un aprendizaje en la vida.

—No te vayas —dijo ella, mirando el reloj—. Quédate para siempre, conmigo.

—No mires el reloj. El tiempo no existe. El tiempo no importa, se limita, únicamente, al que dicta el corazón.

«El mejor tipo de amor es aquel que despierta el alma y nos hace aspirar a más, nos enciende el corazón y nos trae paz a la mente».

Desconozco lo que nos espera,
pero si te quedas,
prometo contarte el final de esta historia
el último día de mi vida.

El diario de Noa

CAPÍTULO 5



ELLA

Solo una noche.

La locura de mi vida.

El ser mágico que irrumpió en ella como un huracán y me hizo creer que, en la vida, existe algo más que lo que los ojos pueden ver.

Se trata de los ojos del alma.

De lo que deseas con firmeza.

De un sueño que, aunque se te escapa de las manos, te hace vibrar, en solo un momento, para toda la eternidad.

Hasta el fin de tus días.

Solo una noche.

Una noche nada más.

—Bésame —le dije, ya no hipnotizada por la magia de la luna de esa noche, sino por sus ojos. Por cómo me miraban. Por todo su ser.

Él, poco a poco, se acercó a mí. Volvió a colocar su mano, fría y cálida a la vez, en mi mejilla. Acercó sus labios, lentamente y sin prisas, hasta los míos. Mariposas revoloteando en mi estómago; comprendiendo que, el primer beso, no se da con la boca, sino con los ojos. Que Tom y yo ya nos habíamos besado a lo largo de esa noche. Y que, en ese momento, sintiendo su lengua en mi interior y conociendo cada uno de sus firmes y seguros movimientos, ya estaba perdida.

Amor. Que calladito te lo tienes; nunca sabemos cuando vas a resurgir.

—¡Laura! ¡Laura! Por amor de Dios, entra en el bar, ¡cojones! Puede entrar cualquier cliente de un momento a otro.

Asustada, me di la vuelta y vi al gordinflón de mi jefe en la puerta del bar. Al mirar a mi lado, Tom no estaba.

—¿Tom? ¿Tom? —lo llamé. Pero fue como si nunca hubiese estado ahí,

a mi lado; besándome en la boca y acariciando mi mejilla; diciéndome que el tiempo no existe, que se limita, únicamente, al que dicta el corazón.

Me levanté precipitadamente del banco. Miré a la luna, ignoré a la estrella fugaz que pasó en ese momento y me puse a temblar.

Cuando me acerqué al jefe, malhumorado y adormilado, se rio de mí.

—Estás blanca como una hoja de papel, chiquilla. Ni que hubieras visto a un fantasma.

La copa de vino de la que había bebido Tom hacía unas horas, no estaba en la barra del bar tal y como la dejó antes de sacarme a bailar. El cigarrillo que había apagado en el cenicero que le dejé, tampoco estaba. ¿Qué había pasado? ¿Quién era Tom? ¿Un fantasma? ¿Fruto de mi imaginación?

Lloré. Lloré como nunca antes lo había hecho. Lloré, sintiendo mi alma desgarrada y mi corazón partiéndose en chachitos hasta dejarme destrozada. Pensé que ese dolor me acompañaría toda la vida pero, entonces, algo en mi cerebro se activó. Hizo “click” y, automáticamente, dejé de llorar. Recordé. Recordé aquella noche de hacía dos años. Aquella noche que había olvidado; que solo era un paradigma ubicado en una zona oscura y confusa de mi cerebro. Hizo “click” y lo miré de nuevo a esos ojos azules como el cielo que ya no existían. Hizo “click” y, por fin, pude perdonarme a mí misma.

ÉL

Nunca mires el reloj, le había dicho.
Porque ese fue mi error.
Llegar tarde a una cita.
Correr a demasiada velocidad.
Vivir siempre deprisa.
Y no sentirme especial.

A veces, solo a veces, alguien tiene la suerte de vivir un momento que, aunque extraño e ilógico, recordará siempre por el simple hecho de necesitar una segunda oportunidad. Un abrazo, un beso, una caricia o un perdón. Solo un perdón basta para poder seguir adelante.

Solo fue una noche, la única que me permitieron los de arriba. Pero sé que pude cambiarle la vida a alguien. A Laura. Laura se llamaba. La de la preciosa mirada y sonrisa de ángel. La que quería confiar en un mundo mejor. La que me entregó sus labios, aun siendo un desconocido, y también su corazón; aunque el mío, desde hacía tiempo, dejase de latir.

SEGUNDA PARTE

Junio 2013

La vida le preguntó a la muerte:

—¿Por qué la gente me ama, pero te odia a ti?

La muerte respondió:

—Porque tú eres una hermosa mentira, y yo, soy una dolorosa verdad.



SOLO UNA NOCHE

Eran dos locos con el corazón roto, poniendo sus vidas en peligro, en una carretera en línea recta, en la oscuridad de la noche del desierto de Texas.

Tom, al que su novia Lisa había dejado por su afortunado primo, no se dio cuenta de la velocidad a la que iba su moto; mientras a Laura, a quien su novio de hacía cinco años la había dejado plantada en el altar, las lágrimas le impedían ver con claridad la carretera a través del cristal empañado de su coche.

A las dos y media de la madrugada, Laura aceleró mientras apuraba un cigarrillo. A las dos y media de la madrugada, Tom se entretuvo mirando su reloj de muñeca: se había detenido.

Ninguno de los dos creyó que, a las dos y media de la madrugada de esa noche de junio de 2013, Laura perdería el control sobre el freno y el acelerador de su coche, que terminó con fatales consecuencias para Tom. Su moto dejó de ir a doscientos cincuenta kilómetros por hora, para frenar en seco debajo del coche destrozado de Laura.

—No. No. No —repitió Laura, agarrando con fuerza el volante. Solo se había hecho un rasguño en la frente; no tenía importancia. Pero ¿qué había debajo de su coche? ¿Un animal? ¿Un ciervo? ¿Qué había pasado? Estaba totalmente bloqueada. Asustada. Muerta de miedo.

Temblando, salió del coche y, horrorizada, vio un cuerpo tendido en el suelo, aplastado por su propia moto que le había impedido saltar por los aires. Medio coche le aplastaba las piernas y un charco de sangre, cada vez más grande, inundaba el asfalto de la carretera.

Aún estaba vivo. Laura fijó su mirada en esos ojos de color azul cielo y, saliendo del estado de shock, llamó rápidamente a una ambulancia con la esperanza de que el hombre aún pudiera salvarse.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó Laura—. Escúchame, no te duermas, por favor. Ahora viene una ambulancia. Dime. Dime cómo te llamas.

Laura pudo distinguir una débil sonrisa debajo del casco destrozado del hombre. Se seguían mirando fijamente. Ella cogió su mano, estaba tan fría... No sobreviviría. Algo le decía que no podía sobrevivir a un golpe así. En esos

momentos, se hubiera cambiado por él.

—Tom —respondió él, al cabo de unos segundos. Su voz era ronca, apenas le salía ya.

—Tom. Vas a salir de esta.

Él negó con la cabeza. En el fondo, le daba igual. Si ese era su destino, lo aceptaría. Qué más daba. Nunca había tenido miedo a la muerte; nunca había tenido miedo a perder.

Cuando la ambulancia llegó, ya era demasiado tarde. Laura, se aferraba a la mano de Tom, que había muerto mirándola a los ojos. Ella, fue lo último que él vio. Algo así no se olvida nunca y, sin embargo, Laura olvidó. Lo olvidó todo. Olvidó a Tom y a esos ojos azules que la vieron antes de apagarse. Olvidó el accidente; pero jamás pudo desprenderse de ese sentimiento de culpa, sintiéndose la persona con más mala suerte del mundo.

¿Tiene cura la culpa? ¿Puede curarnos un fantasma? ¿Puede curarnos la vida?

OTROS TÍTULOS DE LUCY MORTON

